



Universum. Revista de Humanidades y  
Ciencias Sociales

ISSN: 0716-498X

universu@utalca.cl

Universidad de Talca  
Chile

Pizarro Cortés, Carolina; Santos Herceg, José  
DEL RELATO MAESTRO A LA POLIFONÍA HISTORIOGRÁFICA. Crítica a la historia de la  
emancipación latinoamericana  
Universum. Revista de Humanidades y Ciencias Sociales, vol. 29, núm. 2, 2014, pp. 237-251  
Universidad de Talca  
Talca, Chile

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=65032873016>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica  
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal  
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

## DEL RELATO MAESTRO A LA POLIFONÍA HISTORIOGRÁFICA Crítica a la historia de la emancipación latinoamericana<sup>1</sup>

*FROM MASTER NARRATIVE TO HISTORIOGRAPHICAL POLYPHONY.  
A critic to the history of Latin American emancipation*

Carolina Pizarro Cortés\*  
José Santos Herceg\*\*

### RESUMEN

El presente trabajo plantea un abordaje crítico al discurso histórico generado en torno a las independencias, combinando las perspectivas filosófica e histórica, así como aportes de los estudios literarios. Desde esta mirada interdisciplinaria ha sido posible analizar las aportaciones de las nuevas corrientes historiográficas, que se distancian del relato maestro o de la historia de manual de las gestas independentistas en varios puntos: a través del rescate las historias subterráneas antes silenciadas, la visibilización de nuevos sujetos históricos y, finalmente, la proposición de nuevas periodizaciones para las historias de las independencias. El énfasis está puesto en las modalidades discursivas de la historia, para observar desde un escorzo formal las variaciones que se producen en las nuevas representaciones del pasado.

*Palabras clave:* Independencia, historia subterránea, sujeto histórico, periodizaciones.

---

<sup>1</sup> Trabajo desarrollado dentro del marco del Proyecto de inserción de capital humano avanzado de Conicyt Nº 79100004, titulado: "Siglo XIX, independencias y representación: Diálogos cruzados entre la novela hispanoamericana y la historiografía" y del Proyecto FONDECYT de iniciación Nº 11110361, titulado: "La representación del sujeto en el imaginario independentista contemporáneo".

\* Instituto de Estudios Avanzados, Universidad de Santiago de Chile. Santiago, Chile. Correo electrónico: maria.pizarro.c@usach.cl

\*\* Instituto de Estudios Avanzados, Universidad de Santiago de Chile. Santiago, Chile. Correo electrónico: santosherceg@gmail.com

Artículo recibido el 3 de octubre de 2013. Aceptado el 20 de agosto de 2014.

## ABSTRACT

This paper presents a critical approach to the historical discourse generated around the independence, combining the philosophical and historical perspectives as well as contributions of the literary studies. From this interdisciplinary perspective has been possible to analyze the contributions of the new historiography, that takes distance from the master narrative or Manual's history of the independence struggles in several points: by reviving the previously silenced underground histories, the visibility of new historical subjects and proposing new periodization for the histories of independence. The emphasis is on the discursive modalities of history, to observe from a formal foreshortening the changes that occur in the new representations of the past.

*Keywords:* Independence, underground history, historical subject, periodizaciones.

## 1. A MODO DE INTRODUCCIÓN

Comenzamos a escribir estas palabras cuando recién comenzaban a acallarse en Chile los ecos de lo que fuera una monumental celebración. El bicentenario permeó todos los ámbitos de la vida; cada proyecto, cada iniciativa –casi obligatoriamente– remitió a la efeméride. Hubo bibliotecas bicentenario, monumentos bicentenario, maratones bicentenario, programas de televisión bicentenario e incluso comidas bicentenario. Políticos, empresarios, artistas, profesores, artesanos... todos parecían estar pendientes del acontecimiento. Los intelectuales no se quedaron atrás: historiadores, politólogos, antropólogos, sociólogos, literatos, filósofos, todos quisieron –tal vez debieron– ser parte del magno evento. Hubo, por supuesto, muchas formas de participar en la conmemoración. La mayoría, tal como ocurriera ya hace cien años, a propósito del Centenario, se contentó con celebrar.

Silenciado ya el ruido de la fiesta, quisiéramos intentar otro gesto, el de la reflexión. Tal vez en un sentido algo hegeliano, la filosofía tiene su lugar después de que han ocurrido los acontecimientos. Cuando el ruido del mundo, del trajín, comienza a acallarse cabe volver sobre nuestros pasos, re-visitarnos con la intención de esbozar un balance pausado, calmado, uno que nos permita hacernos una idea de lo que ha sido el camino recorrido hasta ahora. Las perspectivas posibles para abordar esta tarea son múltiples, pero hay una que aparece como especialmente significativa. Se trata de abordar el análisis de la historia misma, más bien, del relato historiográfico acerca de la gesta emancipadora; el estudio de su trasfondo, de los fundamentos teóricos sobre los cuales se ha sustentado. Nos instalamos, entonces, en el marco de la “filosofía de la historia” que en América Latina tiene una larga tradición<sup>2</sup>.

La preocupación por la teoría o filosofía de la historia, por supuesto, implica necesariamente atender a la historia misma en tanto que narración historiográfica, pues, como hace ver acertadamente Arturo Roig, la teoría de la historia y la narración historiográfica “[...] son inescindibles, aun cuando puedan ser tratados como dos momentos que poseen cierta

---

<sup>2</sup> Habría sido Francisco de Bilbao quien, a mediados del siglo XIX, inaugura en el continente la reflexión acerca de la historia. “[...] debemos decir que Bilbao da inicio a un tipo de discurso de Filosofía de la Historia que tendrá numerosas manifestaciones a lo largo del siglo XIX, y tal vez culmine con los escritos de José Martí [...] Cuando alrededor de la década de los 40 de este siglo surja la amplia obra de Leopoldo Zea, la Filosofía de la Historia se presentará en él, en este sentido, como una clara prolongación de lo que Bilbao denominó “Filosofía de la Historia americana” (Roig, 2001: 125).

autonomía” (148). Por mucho que los historiadores no quieran reconocerlo, late siempre detrás de su escritura una filosofía de la historia. Como constata Yturbe, los historiadores no son especialmente dados a la reflexión acerca de su quehacer, dejando a otros esta tarea (207)<sup>3</sup>, sin embargo, si creemos a Bobbio, los historiadores hacen filosofía de la historia sin saberlo. Incluso aquellos historiadores que pretenden atenerse objetivamente solo a los hechos son deudores de una “filosofía inconsciente de la historia”, como dice Le Goff (23).

Desentrañar o poner en evidencia estas filosofías o teorías de la historia detrás del relato de las emancipaciones en América Latina es el objeto de este trabajo. Hay, como se ha visto, una historiografía clásica –canónica– de los procesos emancipatorios. Una historia que Granados ha calificado, siguiendo a Lyotard, de “relato maestro” y que se confecciona en la primera mitad del siglo XIX. Hay, por otro lado, una historiografía contemporánea que revisa dicha versión, que vuelve sobre los procesos emancipatorios para –en abierta o tácita crítica– proponer nuevas historias, renovados relatos de las gestas libertadoras. Trabajaremos con el contraste, con la discusión o disputa entre este relato maestro y las versiones contemporáneas. En primer término, intentaremos mostrar las críticas que se pueden hacer desde la teoría de la historia a los relatos oficiales de las gestas de emancipación, y, en un segundo momento, quisiéramos esbozar algunos de los posibles caminos teóricos que permiten la elaboración de nuevas versiones históricas de dichos procesos, analizando el surgimiento en ellas de las historias subterráneas antes silenciadas, la visibilización de nuevos sujetos históricos y, finalmente, la proposición de nuevas periodizaciones para las historias de las independencias.

## 2. LAS CRÍTICAS AL “RELATO MAESTRO” DE LAS INDEPENDENCIAS

Para acercarnos al problema, comenzaremos por una constatación que es casi un lugar común entre los teóricos de la historia: la historiografía es un “relato” acerca de la historia; es una producción mayoritariamente escrita sobre lo acontecido. Este es justamente el oficio propio de los historiadores: la producción de dicho relato, que, como es evidente, no es ni puede ser la encarnación de lo ocurrido, sino tan solo lo que se cuenta acerca de lo que sucedió, por lo que es imposible que coincida con lo realmente acontecido. Como ha escrito Michel de Certeau a propósito del texto histórico y de la labor del historiador: “La historiografía (es decir “historia” y “escritura”) lleva inscrita en su nombre propio la paradoja –y casi el oxímoron– de la relación de dos términos antinómicos: lo real y el discurso. Su trabajo es unirlos, y en las partes en que esa unión no puede pensarse, hacer *como* si los uniera” (13). El relato historiográfico y, sin duda, el de la emancipación de los latinoamericanos, no es la copia o la relación exacta de lo ocurrido, sino una narración, una representación. La consecuencia inmediata de esta constatación es la condena de “futilidad” del discurso historiográfico, en tanto que “[...] nunca será llenado el espacio que separa al discurso de la realidad” (22). Lo realmente ocurrido no puede ser aprehendido del todo, la verdad de los acontecimientos no se puede representar a cabalidad. Lo único que queda de lo sucedido, lo que nos queda de los

---

<sup>3</sup> Incluso lo habitual es que, como señala Jacques Le Goff, el historiador guarde una reserva de desconfianza hacia la filosofía de la historia. Desconfianza que se funda en el desconocimiento que los filósofos tendrían habitualmente de los trabajos históricos. (Cf.; Le Goff, 1995 (1977): 23-24).

procesos emancipatorios latinoamericanos en particular, son vestigios, ruinas (fuentes) con los cuales se construye un discurso, una interpretación más o menos coherente, más o menos verosímil de lo acontecido.

La historiografía en tanto que reproducción de la realidad pasada es en realidad una producción del pasado. En este sentido señala Le Goff que “[e]l pasado es una construcción y representación constante [...]” (28). La verdad no es lo que se pone de manifiesto en la historia contada, sino lo que se produce mediante la escritura. Podría utilizarse aquí el concepto de “hiperrealidad” de Baudrillard (2000), en tanto que la historiografía toma el lugar de la realidad, de la verdad de lo acontecido: ella suplanta la historia en tanto que pretendería ser más real que lo real.

La verdad de lo ocurrido pasa a ser lo que se relata al respecto. La Historia patria que rememora las gestas emancipadoras, aquel relato maestro del que se ha hablado, toma el lugar de los acontecimientos y se instala como la “realidad” de lo ocurrido. Dicha representación, sin embargo, no es inocente, pues, al igual que cualquier relato histórico, obedece a un concepto, a una imagen, a un patrón de representación al cual sigue para lograr la configuración de una estampa del pasado. Estos relatos son parte fundamental de lo que podríamos llamar “fundación imaginaria de la república”, asunto que ya ha sido tematizado con distintos nombres por la crítica intelectual del continente.

Estamos aquí frente a un “punto de giro”, como lo ha calificado Le Goff. Dice este autor que “la toma de conciencia de la construcción del hecho histórico, de la no inocencia del documento, lanzó una luz cruda sobre los procesos de manipulación que se manifiestan a todos los niveles del saber histórico” (12). Luis Villoro ha hablado expresamente del “interés” y las “circunstancias vitales” del historiador que están detrás del discurso historiográfico: “[...] es frecuente –dice– que los intereses particulares del historiador, ligados a su situación, dirijan intencionadamente la selección de los datos, la argumentación y la interpretación, a modo de demostrar la existencia de una situación pasada que satisfaga esos intereses” (160). El interés del historiador, en primer lugar, es siempre un interés presente, presente para él. Un interés que tiene necesariamente influencia sobre la investigación historiográfica y que puede llegar a tener efectos tergiversadores sobre la interpretación histórica. Es lo que Le Goff llama “presentismo” en tanto que una “[...] influencia deformadora del presente sobre la lectura del pasado” (32). Las preguntas que el historiador le dirige al pasado surgen necesariamente de asuntos concretos y coetáneos para el historiador. “En este sentido, la historia admite que el pasado da razón del presente; pero, a la vez, supone que el pasado sólo se descubre a partir de aquello que explica; el presente” (Villoro, 156).

El interés por el pasado surge de un interés concreto por el presente<sup>4</sup>. “Toda historia –dice Le Goff– es contemporánea en la medida en que el pasado es captado desde el presente y responde a sus intereses. Esto no es solo inevitable, sino también legítimo” (52). El interés detrás del relato historiográfico podría ser, sin embargo, un interés de dominio<sup>5</sup>.

<sup>4</sup> “El historiador, al examinar el presente, suele plantearle preguntas concretas. Trata de explicar tal o cual característica de su situación que le importa especialmente, porque su comprensión permitirá orientar la vida en la realización de un propósito concreto” (157). “En efecto, la historia nace de necesidades de la situación actual, que incitan a comprender el pasado por motivos prácticos” (157).

<sup>5</sup> “Debajo de ella (la historia) se encuentra un doble interés: interés en la realidad, para adecuar a ella nuestra acción, interés en justificar nuestra situación y nuestros proyectos; el primero en un interés general, propio de la especie; el segundo es particular a nuestro grupo, nuestra clase, nuestra comunidad. Por ello es tan difícil separar en la historia lo que tiene de ciencia de lo que tiene de ideología” (Villoro, 1985: 159).

Podría remitir a aquella “mala conciencia” a la que Marx se refería al hablar de la ideología; esos intereses inconscientes de una clase o grupo determinado por lograr o conservar una situación de poder. El interés detrás del discurso historiográfico podría remitir a aquella “función tergiversadora” de la ideología a la que Ricoeur hacía mención (1986) y que implicaría transformar a la historia, en tanto que narración de los acontecimientos pasados, en un “instrumento de dominio” de un grupo sobre otro.

Entre quienes han estudiado la historiografía canónica sobre los procesos emancipatorios latinoamericanos circula la tesis compartida de que se trata de relatos que estuvieron en manos de un grupo privilegiado. Dice Colmenares al respecto que [...] [a]lgunos ven en [la historiografía hispanoamericana] una representación nacional recortada, pues constituía exclusivamente la expresión de los puntos de vista de una elite restringida” (16). La gran mayoría de los historiadores del siglo XIX responderían a una cierta ideología política, o, incluso, según agrega este autor, a intereses familiares o personales (17). Las historias patrias habrían sido “controladas” por un grupo, por una facción de la sociedad: una elite que se pone a sí misma como protagonista de su propia versión de la gesta independentista. Ellos serían los líderes, los caudillos, los gestores, los héroes que no solo llaman a la emancipación –pues habrían sido los que vieron su necesidad– sino que también quienes la conducen. Como se consagra en el Manifiesto Inaugural del Grupo Latinoamericano de Estudios Subalternos, “La historia de las burguesías nacionales se convierte así en la (auto)biografía espiritual de las elites” (párr. 23).

Esta elite habría sido movida por claros intereses que, de acuerdo con algunos autores, serían los intereses concretos de una elite económica, que dirige la conformación de una determinada idea de lo nacional en términos antagónicos respecto de la dominación del imperio español, pero que defiende, a fin de cuentas, un *status quo* extremadamente similar al anterior. Varios son los trabajos históricos contemporáneos que develan este carácter superficial, de mero maquillaje, de los cambios operados a través de las revoluciones de independencia. Como recuerda críticamente Pablo Dávalos, “[e]n las colonias, las elites criollas se sentían atadas de manos por la corona para emprender su propio saqueo. Quizás por ello es que aún tenga vigencia uno de los primeros graffitis escritos al carbón sobre una pared de Quito, al día siguiente de la independencia: *“último día del despotismo y primero de lo mismo”*” (1). En efecto, tal como señalan Chust y Serrano: “[...] [O]bservadas desde los resultados de investigación del siglo XVIII, las proclamaciones de independencia no aparecían como puntos de ruptura y cambios profundos. Más que una ruptura habrían primado las continuidades sociales y económicas” (17). Es por esta razón que, como especifican acertadamente estos teóricos, es posible hablar de un estado poscolonial, es decir, una situación en que las herencias del siglo XVIII podían verse perviviendo en el siglo XIX e, incluso, en el XX.

El relato maestro de la gestas independentistas latinoamericanas habla siempre y sin dudar, pese a lo anterior, de una “ruptura radical y absoluta con el paso colonial”<sup>6</sup>. Como dice Granados a propósito de la historia mexicana, “[...] el relato maestro daba por sentado el carácter **revolucionario** de ambos ciclos de movilización popular [1810

---

<sup>6</sup> “Los historiadores hispanoamericanos del siglo XIX recogieron la tradición intelectual de un lenguaje cuyo radicalismo postulaba una ruptura absoluta con el pasado colonial” (Colmenares 19).

y 1910], en el mismo sentido en que entonces se concebían las “revoluciones” francesa, estadounidense, china o rusa: como una transformación radical de la sociedad [...]” (14). La idea de “ruptura” provee al relato canónico de un fundamento para sostener la tesis de que se había superado una época oscura y terrible, de opresión y dependencia, abriéndose a un mundo mejor<sup>7</sup>. La realidad, sin embargo, parece haber sido muy distinta, y como ha hecho ver muy acertadamente Colmenares, al poco tiempo de la emancipación y “[...] paulatinamente iba abriéndose paso y agrandándose en la conciencia la percepción de una permanencia agazapada e insidiosa. Los rastros de un pasado que se creía abolido se iban multiplicando con sólo desplazar la atención de las hazañas luminosas a lo simplemente cotidiano” (20). En la rutina, en la vida diaria del latinoamericano, la gesta emancipatoria no parece haber tenido ninguna repercusión concreta, palpable... real. En ese sentido es que se hace posible hablar de continuidad, de permanencia, de más de lo mismo, en contra de la pretendida “revolución” independentista.

El relato maestro decimonónico, sin embargo, no se limita a hablar de una “revolución” que al parecer no hubo, sino que, además, pinta la gesta independentista como la acción de un pueblo que se libera de la mano de sus líderes, de sus héroes. El relato maestro, como dice Granados, “[...] era un cuento más bien melodramático que describía los actos de un “pueblo” que, como un solo hombre, se liberó de la opresión colonial luego de alcanzar su madurez como entidad colectiva [...] y lo hizo con líderes de la talla de Miguel Hidalgo y José María Morelos, que entendieron mejor que nadie que el momento de la independencia había llegado” (14). A los realistas, por ejemplo, se les interpreta como “foráneos”, produciéndose la impresión de que la independencia hubiera sido un anhelo popular masivo, el “todos a favor” (Chust y Serrano, 10) de un pueblo que es acompañado por sus héroes en la consecución de su objetivo (11). Granados, sin embargo, hace ver con toda claridad que es necesario “[...] desmontar la idea de que la Independencia había sido el resultado de la acción popular o, de forma más general, [...] la presunción de que los independentistas y las masas hubieran hablado el mismo idioma” (15). La inclusión del pueblo en el relato no tiene relación con lo ocurrido tras la gesta emancipatoria, pues como se decía antes, pese a su activa participación en las batallas, después de lograda la emancipación no hay realmente cambio para los subalternos, no hay revolución, sino el trueque de un amo por otro, el paso de una situación colonial a otra postcolonial. Como dice Colmenares, “[h]abía [...] una tensión inevitable entre el fervor con que se adoptaban instituciones republicanas y las condiciones objetivas del atraso. El progreso estaba asociado con las nuevas ideas, pero éstas sólo podían pertenecer a una minoría capaz de participar activamente en la vida política” (20). Las gestas emancipatorias no parecen haber sido consecuencia de consenso alguno, ni el pueblo parece haber tenido una participación mayor que la de ser “carne de cañón” de una pelea que no entendía, que no podía compartir y que, a la larga, no se transformó en ningún cambio real para su vida. El relato o el “cuento”, como lo llama Granados, “[...] que ahora sabemos tiene poco que ver con la realidad, comenzó a componerse a fines del siglo XIX mediante una serie

<sup>7</sup> “La noción de ruptura y por ello la sensación de que el conjunto de la población había tenido que reinventarse de manera profunda eran, así, piezas centrales del relato maestro; y puede que la efectividad política de éste dependiera en última instancia de la inducida impresión —derivada del tropo rupturista— de vivir en el mejor de los mundos posibles” (Granados14).

de ejercicios pedagógicos que vulgarizaron el planteamiento liberal y nacionalista que fue constituyéndose casi desde el momento mismo de la Independencia” (14). Dicho discurso se transforma en “hegemonizante”, en términos de Chust y Serrano; se basa en una serie de “consensos” indiscutidos e indiscutibles: patria, pueblo y héroes. Dicho discurso historiográfico fue del todo controlado por una elite con nítidos intereses económicos. El relato maestro que habla de una revolución popular por la liberación, por la emancipación, con héroes y mártires, es, por lo tanto, una “ficción” confeccionada con claras intenciones de dominación y con un eminente carácter ideológico.

### **3. ALGUNAS ALTERNATIVAS PARA LAS NUEVAS HISTORIAS DE LA EMANCIPACIÓN**

Ante, o quizás a raíz de este panorama crítico respecto del relato maestro de las independencias, van surgiendo en el continente nuevos caminos, diferentes maneras de relatar dicho acontecimiento fundacional que, desde otras perspectivas teóricas y filosóficas, van dando forma a historias alternativas de las gestas emancipatorias. Se trata de un movimiento que comienza a gestarse en la década de los 60 y toma fuerza en los 80 del siglo pasado, y que está vinculado al surgimiento de las nuevas poéticas de la historia: la historia social o historia desde abajo, la historia de la vida privada, los estudios subalternos indios, etc. En este contexto es que comienzan a surgir historias que habían sido acalladas, acontecimiento desperfilados, minusvalorados o simplemente silenciados. Del mismo modo, surgen sujetos que no tenían lugar en el relato maestro y que se van revelando como protagónicos, como centrales. A raíz de ello, va siendo necesario revisar la organización del relato, su estructura, sus hitos, su distribución y organización.

#### *3.1. Las historias subterráneas de las independencias*

La historiografía, cualquier relato histórico, como es evidente, implica recortes, una selección de aquellos acontecimiento que serán parte y aquellos que quedarán fuera de lo narrado. Aquellos hechos que no entran en las líneas significativas sobre las que se estructura la continuidad son, simplemente, ignorados o, en el mejor de los casos, considerados, pero en un lugar muy secundario. Friedrich Schiller señalaba sin ambigüedad alguna: “¿Qué significa y con qué fin se estudia la historia universal?” Que el historiador “de toda la suma” de “acontecimientos” que han transcurrido en el mundo destaca los que han ejercido una influencia esencial [...] sobre la figura actual del mundo y el estado de la generación que vive ahora” (24). De lo que se habla aquí es de lo que Michel de Certeau describe como la “[...] selección entre lo que puede ser “comprendido” y lo que debe ser olvidado para obtener la representación de una inteligibilidad presente” (18).

Con este recorte una contundente porción de acontecimientos que tuvo lugar en el marco de las independencias, tal vez la más grande, queda fuera del relato maestro y, con ello, fuera de la historia, dando origen a lo que Roig llama la “historia subterránea, secreta” o “historia no historia” (102). Se trata de aquellas historias que permanecen escondidas tras la “historia oficial”, pues sus acontecimientos son ignorados o desperfilados. No entran dentro del relato maestro aun siendo hechos efectivos, que realmente ocurrieron aunque se



los deje de lado. Esta historias-no-historias de las independencias, empero, no desaparecen, persisten con una considerable carga revolucionaria. De acuerdo con De Certeau:

“[...] todo lo que esta nueva comprensión del pasado tiene por inadecuado –desperdicio abandonado al seleccionar el material, resto olvidado en una explicación– vuelve, a pesar de todo, a insinuarse en las orillas y en la fallas del discurso. “Resistencias”, supervivencias o retardos perturban discretamente la hermosa ordenación de un progreso o de un sistema de interpretaciones” (18).

Cuando Chust y Serrano comentan los aportes específicos de la nueva historiografía latinoamericana sobre las independencias, que significan un giro interpretativo respecto de las historias tradicionales, destacan varias facetas que pueden considerarse como inclusión de acontecimientos omitidos o perspectivas silenciadas por las versiones oficiales. Todas estas facetas tienden a abrir el sentido cerrado de un discurso fundamentalmente monológico, contribuyendo así a la plurisignificación, a la proliferación de “historias”, en contraposición al relato único, de corte homogenizante. El primero de los elementos destacados es el surgimiento de las historias regionales. En la historiografía contemporánea, según señalan, “[l]a región se va a convertir en un actor central de estudio y de explicación de las guerras de independencia. Y la visión que surge deja a un lado la frase unánime “todos juntos por la nación y la independencia”, para dar paso a las diferencias sociales, económicas, políticas y étnicas de las regiones” (15). La imaginación de lo nacional como un todo unitario se resquebraja, apareciendo en la historia contemporánea las diferencias, los matices gruesos, la diversidad. No es equivalente lo que pasa en Buenos Aires a lo que pasa en Montevideo en los alrededores del 1810. Es más, los estudios contemporáneos subrayan importantes diferencias: “Del consenso se pasó al disenso, de la unidad a la diversidad, o incluso a lo muy diverso, al punto de poderse hablar [...] de un archipiélago de la historiografía sobre las guerras de independencia [...]” (15).

Otro aspecto que puede interpretarse como una visibilización de lados ocultos de la historia es la nueva distribución de los actores de la independencia que está en la base de parte importante de la historiografía contemporánea: “[...] [E]n estas últimas décadas se aprecia una superación de la tesis maniquea de la historia patria: no solo fueron indios y peninsulares los “realistas”, entre las filas de los criollos hubo partidarios de reformar el sistema absolutista sin por ello continuar con los planteamientos coloniales ni tampoco llegar a la independencia” (23). El panorama político-social de inicios del siglo XIX, que había sido descrito en términos de un campo de oposiciones estricto entre criollos patriotas y foráneos monárquicos –en este esquema el indio estaba también “afuera”–, aparece representado en una complejidad que altera la distribución de las fuerzas y amplía el abanico de la imaginación nacional republicana. Como señalan Chust y Serrano, estos estudios muestran que “[e]ntre el colonialismo y la insurgencia hubo un crisol de opciones políticas que algunos historiadores empiezan a matizar y advertir” (23).

Un tercer asunto que pone de manifiesto problemas no tematizados por la historia de manual es el cambio en la visión de los héroes. La historiografía contemporánea ha hecho esfuerzos importantes por producir un giro en uno de los aspectos más poderosos en la fundación imaginaria de la república: la presencia hegemónica de los padres de

la patria comienza a ser discutida, lo que deja lugar a la aparición no solo de nuevos sujetos históricos —como veremos a continuación—, sino también de escorzos o facetas de este problema, es decir, el liderazgo caudillista, que permiten comprender el proceso de independencia atendiendo a factores antes silenciados. Como señalan Chust y Serrano, “[...] se vino a replantear tanto la relevancia de los líderes insurgentes como el concepto de “pueblo” [...] (23), que lleva aparejado un cambio de énfasis en la lectura de la participación popular y sus motivaciones: “Lo esencial —según indican— era estudiar las bases sociales de la insurgencia y no sólo a sus dirigentes. Importaba más saber por qué se habían rebelado los grupos populares que la ideología de los líderes [...]” (23). Es por ello que progresivamente “Las investigaciones se abocaron a indagar las razones económicas y las contradicciones sociales que permitieron que los llamados Bolívar, San Martín, Sucre, Santander, Artigas, Francia y Morelos tuvieran eco social” (23).

### *3.2. Los nuevos sujetos históricos de las independencias*

La sospecha acerca de las ausencias en el discurso oficial, del mismo modo, se puede extender al “sujeto histórico”. La continuidad del desarrollo de la historia entendida como sucesión de períodos supone, como hace ver Roig, la existencia de un sujeto permanente y único que sostenga el proceso y sirva de soporte a los cambios. Un mismo “sujeto histórico” sería el que atraviesa los “períodos” sucesivos dándoles “continuidad”. Se podría sospechar, sin embargo, que aquel sujeto de la historia es una invención-imposición, que de hecho hay más bien una pluralidad de sujetos históricos y la línea de continuidad, por lo tanto, no existe, o más bien que hay multiplicidad de desarrollos, en tanto que son múltiples los sujetos históricos. Como dice Le Goff citando a Paul Veine, los historiadores “tomaron conciencia del hecho de que todo era digno de historia; ninguna tribu, por minúscula que sea, ningún gesto humano, por insignificante que parezca en apariencia, es indigno de curiosidad histórica” (137).

Uno de los aspectos más evidentes de los cambios que se han operado en la historiografía actual sobre la independencia es, precisamente, la aparición de nuevos sujetos históricos. Yendo más allá la ostensible emergencia de nuevos actores, que se relaciona en primera instancia con la reivindicación de los personajes marginales, es decir, lo que comprendemos como una historia “desde abajo” —en términos principalmente económicos y sociales—, Chust y Serrano hacen un aporte central al pesquisar la aparición recurrente de un sector de la lucha política que goza de una escasa representación, caracterizada obviamente por tintes peyorativos. Se trata de la incorporación de los “vencidos”, cuya presencia ha permitido generar visiones bastante más complejas de la historia decimonónica. Como señalan, “[...] en las últimas décadas se ha registrado un creciente interés por investigar la “otra parte”. Aquellos que no formaron parte de la historia patria, aquellos que no construyeron la nación, ni sus glorias, ni sus gestas. Es más, aquellos que durante muchos años fueron omitidos y vilipendiados” (23). El bando realista, cuya complejidad, como señalábamos más arriba, también ha sido puesta de manifiesto, hace su ingreso a la representación histórica casi 200 años después de sucedidos los hechos, permitiendo generar una interesante fisura que, aunque no se traslada aún al imaginario independentista popular (nadie se acordó de los “malos” en las celebraciones de

la efeméride), permite vislumbrar en la discusión intelectual sobre los procesos históricos latinoamericanos, un progresivo y saludable abandono del maniqueísmo que reduce la interpretación de las gestas emancipadoras a la versión del bando ganador.

“Por otro lado –como señalan también Chust y Serrano–, hay un rescate desde la historia social de los grupos y comunidades indígenas, diversas y heterogéneas, [y un interés] por comprender sus posiciones políticas en la coyuntura independentista” (23). El indio, tradicionalmente excluido de la fundación imaginaria de la república, en tanto es subsumido en la noción indiferencia de “pueblo” o catalogado como el “otro” enemigo, surge en su especificidad étnica. La historia contemporánea hace un reconocimiento de las problemáticas concretas y de la posición frente a los conflictos políticos que surgen para las comunidades indígenas a la par de la formación de los estados nacionales independientes y el consiguiente fin de las relaciones con la corona. Es interesante, en el caso de Chile, explorar la postura del pueblo mapuche, y las importantes pérdidas que experimenta al consolidarse la emancipación. Los relativamente ventajosos acuerdos alcanzados con la monarquía española desaparecen una vez instaurado el estado chileno, con las consecuencias conocidas por todos y que se proyectan, sin más, hasta el día de hoy.

Además de referirse a la incorporación de los vencidos, Chust y Serrano aluden también a la aparición de los sujetos que pertenecen al bando “ganador”, pero que por su humilde condición no han tenido cabida –salvo notabilísimas excepciones– en el relato maestro de conformación nacional. Haciendo despliegue de una mirada algo crítica, aunque reconociendo también sus méritos, se refieren específicamente a las corrientes historiográficas que están en boga y a sus preocupaciones fundamentales: “Es evidente que el tema de las clases populares y su condición social, étnica y racial, está de “moda” y es una de las temáticas que más producción historiográfica ha tenido en las dos últimas décadas. La preocupación por la historia social, las historias de la vida privada y cotidiana, los grupos excluidos, la historia de género y la cuestión étnica y racial, ha dado lugar a una pluralidad de estudios muy importantes por toda Iberoamérica sobre el papel de las clases populares en la independencia” (24).

Por su parte, al referirse a la historiografía particular del caso mexicano, Granados constata una alteración análoga en el relato maestro local. Distingue tres vertientes en la nueva historiografía mexicana, definiendo a la primera de ellas así: “[...] [C]iertos historiadores cuya “educación sentimental” parece haber sido marcada por la Revolución Cubana y la Guerra de Vietnam –y en menor medida por la consolidación de la historia social británica– se propusieron estudiar a los insurgentes de a pie en sus propios términos, con la intención de precisar las causas de fondo del alboroto de la década de 1810 y de paso con el ánimo de restablecer su albedrío como sujetos históricos” (16). Pueden distinguirse en sus palabras visos aún más enérgicos que los que veíamos en Chust y Serrano. Granados, de hecho, sostiene una postura crítica frente a la explicación de la independencia en términos de revolución popular; sin embargo, reconoce la importancia gravitante de los movimientos de masas subalternas: “[...] [L]a respuesta “desde abajo” a los acontecimientos peninsulares fue tan generalizada y tan duradera que explicarla como mero efecto de la decapitación de la monarquía sólo puede hacerse si se cree que el sistema colonial americano era una maquinaria eficiente y bien ensamblada [...], y no un conjunto heterogéneo de instituciones y prácticas políticas apenas estandarizadas que ejercía su dominio de modos muy distintos y

con grandes esfuerzos” (22). Más adelante Granados precisa: “Con sus actos, si no con sus palabras, esos miles de insurgentes de a pie, humildes, insignificantes, hicieron mucho más por redefinir el paisaje social y cultural de Nueva España que los letrados de toda índole [...]” (24), con lo que legitima al menos el fundamento de la lectura social de la independencia de México, y, con ello, la visibilización de los sectores marginales.

Según señala Ricardo Cortés, a partir de la década de los ochenta se habría renovado el interés, en Latinoamérica, por la representación de los sujetos subalternos en la historia, lo que necesariamente revitaliza a los nuevos discursos independentistas. La influencia de los trabajos realizados por los Estudios Subalternos es el factor decisivo, pues “[l]os historiadores latinoamericanos [de fines del siglo XX] [...] se sintieron identificados con los conflictos descritos por Guha y su grupo [...]” (8). A pesar de que la historia social había sido un importante incentivo—como sostienen los demás críticos—, pareciera haber una intensificación en el tratamiento del problema del sujeto histórico. Cortés indica que, por influencia del pensamiento subalterno, “[l]a mirada latinoamericana se orientó a explorar nuevos problemas buscando rotar tanto los ejes de la discusión como las propuestas metodológicas y conceptuales permitiendo así que emerjan nuevos actores y nuevas identidades en el análisis de los procesos del período colonial y poscolonial” (8). La consecuencia inmediata es la renovada presencia del sujeto marginal: “El campesino emergió entonces como la expresión misma de los sectores subalternos de nuestro continente” (8).

### *3.3. Las nuevas periodizaciones de las independencias*

La irrupción de acontecimientos antes ignorados, el resaltar otros desperfilados y la aparición de nuevos y múltiples “sujetos históricos” tiene evidentes repercusiones sobre el relatos de las independencias. Entre otras, habrá que revisar o repensar su organización, su administración. La periodización que se hace de la historia es, como dice Roig, un elemento “[...] sin el cual se piensa que no se puede llevar a cabo una tarea historiográfica” (1994: 97). En efecto, no se concibe la labor historiográfica sin una determinación de periodos que permita ordenar los llamados “hechos históricos”. Ella es la que hace posible agrupar los acontecimientos, organizarlos en unidades. Estos periodos funcionan como una “fábrica de guiones”, según la expresión que acuña De Certeau, que permite organizar el discurso acerca de los hechos del pasado (20). Hay, no obstante, múltiples formas de periodizar y se pueden considerar diferente criterios para hacerlo, lo que da cuenta de que existe, como dice Roig, “un juicio de valor” que nos permite decidir entre un criterio de periodización y otro. En este sentido, en los relatos contemporáneos de independencia la determinación de los periodos se altera según el punto de vista. Comienza a verse como ingenua la explicación que fija los comienzos en determinados hechos puntuales y los inicios de la independencia se adelantan o se atrasan según la perspectiva económica o política que se aplique.

Ricardo Cortés, por ejemplo, ha señalado el importante giro interpretativo de los movimientos independentistas que se produce cuando se hace una evaluación paralela de los procesos americanos y peninsulares. La obra de Francoise-Xavier Guerra es vista como precursora de una lectura más compleja de la independencia, en tanto supera el nacionalismo exacerbado, propio de la historias oficiales, que considera solo las causas internas de las gestas emancipatorias. En la nueva historiografía, dice Cortés, “[...] el

proceso de independencia es valorado como la implosión de un conjunto político único [paralelo en América y España,] que sufrió simultáneamente una revolución política y una profunda conmoción social” (3). Con este puro gesto, se instala un vuelco en el relato maestro, en el que se consideraba la ruptura entre España y América como consecuencia de una serie de movimientos de carácter “nacional”. En adelante al hablar de los procesos emancipatorios habrá que considerar también a la Península como motor de los acontecimientos ocurridos en América. Si se asume esta tesis, la independencia americana está en íntima consonancia con las Cortes de Cádiz de 1812 y con lo que se ha llamado el “liberalismo gaditano”, un hecho y un movimiento político que se gestan en el Viejo Mundo y que tienen importantes injerencias en los procesos americanos.

En este mismo sentido, Granados, refiriéndose al importante grupo de historiadores que ha desarrollado una nueva vertiente política de interpretación, sostiene que ellos “[...] se han ocupado de rastrear no el vínculo entre insurgencia y Estado nacional sino el origen de la nueva nación independiente desde el punto de vista ideológico, político e institucional. Todos ellos, en consecuencia, han prestado gran atención a la Constitución de Cádiz de 1812 y al momento gaditano en su conjunto, así como a la relación entre los diferentes grupos sociales novohispanos –funcionarios, militares, campesinos e indios– y la cultura política moderna (...)” (18). El autor, profundamente crítico de las celebraciones del bicentenario en su país, llega a señalar que quizás una mejor fecha para la efeméride independentista sea, probablemente, 1812.

Su evaluación de las nuevas versiones sobre la independencia es compartida por Chust y Serrano, quienes destacan asimismo en la nueva historiografía la presencia de una evaluación transcontinental. Según sostienen:

[...] el liberalismo gaditano impregnó un amplio espectro del proceso de construcción de los estados-nación. Y su trascendencia no se limitó solo a la participación de sus diputados, sino a la aplicación de sus decretos, a la politización de la sociedad, a la interacción que provocaron sus ondas sísmicas tanto preactivas –en la insurgencia– como reactivas –en el absolutismo colonial–, a los procesos electorales que desencadenaron, a la importancia en la organización de ayuntamientos, milicias nacionales, y [...] la interacción entre esta “tercera vía” y la insurgencia, porque no hubo compartimientos estancos, ni mucho menos (23).

De esta forma muestran que la influencia peninsular fue, probablemente, mucho mayor de lo que cualquier república hispanoamericana ha estado dispuesta a admitir.

A la influencia de las Cortes de Cádiz hay que agregar otros factores que relativizan las declaraciones formales de independencia. Granados, al referirse puntualmente al caso de México, pone el acento en el hecho de que hay fisuras incomprensibles en su relato maestro:

[...] al contrario que en otros países latinoamericanos, la Independencia de la Nueva España no fue la culminación política ni militar de los acontecimientos del bienio 1808-1810 [...]. Mientras que en Venezuela, Colombia o Argentina había una clara continuidad y afinidad entre “liberalismo”, republicanismo e independencia [...], la cosa era más compleja en Nueva España dado que los primeros y más importantes insurgentes fueron derrotados por una alianza de liberales y conservadores partidarios de España, y las alianzas de 1820-1821 tenían como premisa la victoria militar de los realistas (16).

El difícil escenario político mexicano, en donde las fuerzas y los actores se alinean de acuerdo a combinatorias propias, que no siguen la lógica del proceso revolucionario emancipador “normal”, pone en jaque la determinación del año 1810 como el año de la consolidación del liberalismo y, por ende, de la independencia de la república. Es muy probable que el caso mexicano no constituya necesariamente una excepción; habría que desconstruir los relatos maestros de otras independencias para ver cuán liberales y republicanas fueron durante el siglo XIX otras naciones de Nuestra América.

A la problemática de las influencias españolas sobre las independencias americanas hay que sumar otros factores que alteran también la ordenación externa de los periodos históricos. Es siempre reduccionista e inverosímil fijar una fecha como hito que marca el paso entre un periodo y otro, porque no hay ningún proceso histórico que se desencadene de la noche a la mañana. Así como la perspectiva intercontinental obliga a “atrasar” en algunos casos el inicio de las independencias, así también hay factores de otro orden que exigen, desde cierto punto de vista, adelantarlo.

Granados sostiene que es indispensable reconocer la existencia de problemas de orden socioeconómico anteriores a la insurgencia independentista: “[...] el grupo de historiadores sociales y económicos consiguió demostrar que, por debajo de la agitación política provocada por la crisis dinástica en España, el campo y la minería novohispanos estaban experimentando una verdadera situación revolucionaria en vísperas de 1810 y, más todavía, que la movilización campesina había transformado de manera efectiva las condiciones de vida al menos en el centro del virreinato” (17). Según este diagnóstico, como decíamos más arriba, es posible ubicar el origen de los movimientos revolucionarios en coyunturas anteriores a la invasión napoleónica a España.

Desde una perspectiva económica, siguiendo los ecos de la historiografía que rastrea este aspecto en la evolución de las naciones hispanoamericanas, hay una búsqueda de independencia antes de que se hable siquiera de emancipación. Por otra parte, atendiendo a los argumentos políticos, hay independencia recién dos años después de que varios territorios se han manifestado en defensa de su autonomía. Esta relativización de las periodizaciones nos enfrenta, como señala la filosofía de la historia, a la arbitrariedad del ordenamiento del complejo flujo del tiempo.

#### 4. CONCLUSIONES

La aparición de las otras historiografías de la emancipación latinoamericana, por llamarlas provisionalmente de alguna forma, reconduce, por el lado de sus fundamentos, a “otra” filosofía de la historia. Por oposición y diferencia se van configurando en el continente los contornos de una historiografía alternativa de las gestas emancipatorias que toma diferentes formas que, sin ser contradictorias o excluyentes, se multiplica en sus manifestaciones como modulaciones de una historiografía alternativa, más compleja. Le Goff sostenía, de hecho, que “[...] al historiador le corresponde transformar la historia (*res gestae*) de carga —como decía Hegel— a una historia *rerum gestarum* que haga del conocimiento histórico del pasado un instrumento de liberación” (141). Esta otra historiografía nace de una filosofía de la historia que pone en cuestión la selección que se haga de los “hechos”, que da lugar para los marginados en la historia —les da, por

lo tanto, existencia—, una filosofía que rompe con la idea de periodizaciones fijas y que, en definitiva, pone en cuestión la pretensión de un cierto relatos —de un relato maestro— de ser reflejo de la “verdad” de lo ocurrido, lo que permite la coexistencia de diferentes escorzos o lecturas de los acontecimientos.

Resquebrajado el relato maestro, se desbanda la fatalidad de la historia y el pasado: lo ocurrido se vuelve objeto de multitud de aproximaciones, de interpretaciones, de lecturas, sin que sea ninguna, ni pretenda serlo, la verdad completa y absoluta acerca de lo que sucedió. “Así la historiografía —señala Le Goff— aparece como un serie de nuevas lecturas del pasado, llenas de pérdidas y resurrecciones, de vacíos de memorias y revisiones” (31). El pasado se vuelve abierto y lejos de amarrar o determinar lo que hace, se libera, abre posibilidades: posibilidades de ser y de llegar a ser.

## REFERENCIAS

- Dávalos, Pablo. “Del “bicentenario” y otros simulacros”. Disponible en <http://www.puce.edu.ec/documentos/Delbicentenarioyotrossimulacros.pdf>
- Baudrillard, Jean. *Pantalla Total*. Barcelona: Anagrama, 2000.
- Cortés, Ricardo. “Aproximaciones teóricas e historiográficas al estudio del colonialismo y las clases subalternas”, *Prácticas de oficio. Investigación y reflexión en Ciencias Sociales* 5, 2009. Disponible en <http://www.ides.org.ar/programasdeposgrado/publicaciones/practicadeoficio/2009n5.jsp>
- Chust, Manuel y Serrano, Antonio. *Debates sobre las independencias iberoamericanas*. Madrid: Ahila-Iberoamericana, 2007.
- Colmenares, Germán. *Las convenciones contra la cultura*. Santiago de Chile: Centro de investigaciones Barros Arana, 2006.
- De Certeau, Michel. *La escritura de la historia*. México: Universidad Iberoamericana, 2000.
- Granados, Luis Fernando. “Independencia sin insurgentes. El bicentenario y la historiografía de nuestros días”, *Desacatos* 34 (2010): 11-26.
- Le Goff, Jacques. *Pensar la Historia*. España: Altaya, 1995 (1977).
- Pizarro Cortés, Carolina. “El descentramiento del sujeto en el imaginario independentista contemporáneo”, *Journal of Latin American Cultural Studies* 20/4 (2011): 323-342.
- Ricoueur, Paul. *Ideología y Utopía, Conferencias sobre Ideología y Utopía*. Barcelona: Gedisa, 1986.

- Roig, Arturo Andrés. 2001. *Caminos de la Filosofía Latinoamericana*. Maracaibo: Universidad de Zulia.
- , 1994. "La filosofía latinoamericana, la filosofía de la historia y los relatos". En el *El pensamiento latinoamericano y su aventura II*. Tucumán, Argentina: Centro Editor de América Latina, (1994): 147-171.
- Santos-Herceg, José. *Conflicto de representaciones. América latina como lugar para la filosofía*. México/Chile: Fondo de Cultura Económica, 2010.
- Schiller, Friedrich. *Sämtliche Werke*. Stuttgart: Säkularausgabe. Tomo 16. 1904-5.
- Yturbe, Corina. "El conocimiento histórico". *Filosofía de la Historia, Enciclopedia Iberoamericana de Filosofía*. España: Trotta, 1993.
- Villoro, Luis. "El sentido de la historia". *El concepto de Ideología y otros ensayos*. México: Fondo de Cultura Económica, 1985.